

XL PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Ana Muela Pareja

# LA LLUVIA INGLESA



Leona Anaya malvive sin trabajo ni dinero, con su hogar desmantelado después de que su marido la abandonara, cuando recibe la llamada de un hospital de Cambridge: su padre, al que hace más de dieciocho años que no ve, ha sufrido un ictus y su muerte es inminente. Leona no duda un instante y coge el primer vuelo a Londres; quiere ver morir a ese hombre que tanto sufrimiento le ha causado. La situación del padre, sin embargo, se va estabilizando con el paso de los días, y Leona ve ante sí una oportunidad aún mejor: ahora que no puede defenderse, es el momento de su venganza. Instalada en su casa para cuidarlo, se dedica a atormentar al padre con mil detalles, evocando los recuerdos de una infancia llena de violencia y crueldad, el dolor de su madre, la trágica muerte de su hermano.

Tal es la situación de partida de esta novela en la que Ana Muela Pareja combina la intriga, el impecable retrato psicológico y una trama absorbente, marcada por los vuelcos insospechados, en la que participan otros personajes de la nueva vida de Leona con los que la protagonista mantiene encuentros y desencuentros. *La lluvia inglesa* habla de antiguas heridas, nunca superadas, que se suman a las de un presente que no da tregua: engaños y pérdidas, pero también hallazgos, ganancias imprevistas y un final donde crece la semilla de la esperanza.

## Índice de contenido

Cubierta

La lluvia inglesa

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Sobre la autora

*Para Bárbara,  
que acaba de llegar  
y ya lo llena todo.*

## UNO

1

Vine a Cambridge para ver morir a mi padre. Me llamaron un jueves por la noche. Estaba recogiendo los platos de la cena y tenía sueño. *¿Miss Anaya?*, preguntó una voz de mujer con un marcado acento británico. Estuve a punto de colgar, pero la voz de mujer insistió con rapidez, *¿miss Leona Anaya?*, y en un español impecable me comunicó que había tardado tres días en localizarme, pidiéndome disculpas por llamar a unas horas tan inoportunas. También me informó de que mi padre había sufrido un ictus. Debía darme prisa en viajar a verlo porque su vida pendía de un hilo y en cuestión de horas podía dejar de respirar. Colgué el teléfono después de haber prometido a la voz que cogería el primer avión que saliera con destino a Inglaterra. Mi padre, me había dicho, estaba paralizado e inconsciente; en ese estado no podía hacerme daño y, además, por entonces yo ni tenía trabajo ni cobraba el subsidio. No tenía nada que perder. Los recuerdos de mi infancia me asaltaron con tal violencia que me despejé por completo.

Recordé con nitidez la última vez que había visto a mi padre; fue en el entierro de mi hermano, dieciocho años atrás. Aquel día llovía, siempre llueve en los entierros. Unos meses después alguien me dijo que había vendido la casa, nuestra casa, y había emigrado a Inglaterra donde

seguía ejerciendo el mismo oficio por el doble de salario. No volví a tener noticias suyas y procuré no pensar en él. Me mudé de ciudad, me casé y tuve varios empleos, pero nunca intenté localizarlo. Él tampoco se puso en contacto conmigo. Mientras terminaba de fregar los platos de la cena, deseé con todas mis fuerzas estar junto a él en el momento de su muerte.

No tenía un vestido negro, ni una camisa negra, ni unos pantalones negros, ni siquiera un abrigo negro. Quizá podría comprar una camiseta en el aeropuerto. Quizá los ingleses no guardan el luto como nosotros. O son menos rigurosos. Metí toda mi ropa en una maleta marrón, siempre tuve pocas prendas. Hasta entonces no me había preocupado por su color; tenía una camisa azul, una blanca, dos rosas y una de cuadros. Ninguna negra.

No fue fácil encontrar un billete de avión con tan poca antelación. Todo el mundo parecía querer viajar a Londres en aquellas fechas. Mi padre se muere, le dije a la chica del mostrador de la compañía aérea, temo no llegar a tiempo. La chica me encontró una plaza en un avión nocturno que iba repleto de ejecutivos somnolientos. Tardé más de veinte horas en llegar al hospital. No pude dormir en toda la noche, me preocupaba que mi padre muriera antes de que consiguiera llegar a su lado. En el aeropuerto de Londres tuve que coger un tren que tardó casi una hora en llegar a Cambridge, y después, en la estación central, un autobús verde hasta el hospital. Subí andando los seis pisos hasta la planta donde estaba ingresado; quería estirar el tiempo, disfrutar del momento. En recepción me habían dicho que seguía con vida, ya no tenía prisa por llegar.

Me recibió el médico que lo atendía, un pelirrojo con la cara llena de pecas. Calculé que tendría mi edad. John Fox, MD, podía leerse en el bolsillo de la bata. Hablaba un inglés musical muy fácil de entender. También sabía un poco de español; había veraneado varios años en Calpe.

Intentó tranquilizarme con frases vacías. Su padre no sufre, está tranquilo y se ha estabilizado, sigue paralizado, aunque reacciona ante algunos sonidos. Me dijo que ahora era cuestión de días. No había esperanza.

Entré en la habitación de puntillas. Mi padre ocupaba la única cama de un cuarto pequeño pero luminoso. Una mesita de noche blanca y una silla de madera completaban el mobiliario. Todo estaba limpio y brillante. Distinguí a contraluz su perfil de pájaro; estaba más viejo y más delgado, pero reconocí sin ninguna duda al hombre áspero y violento al que llevaba casi dos décadas sin ver y que era mi padre. Me acerqué a la cama y pegué mi cara a la suya. Padre, soy yo, he venido a verte morir. La pupila se le dilató y una nube de terror recorrió sus ojos. Entonces supe que estaba consciente y que el viaje había merecido la pena.

## 2

Me he instalado en la casa de mi padre. Cuando entré me quedé turbada; reconocí al instante su olor, que lo impregnaba todo: los muebles, las cortinas, las camas, el aire, el suelo y las paredes. Es un olor intenso, a ropa sucia, tabaco y aliento rancio, que me transporta a mi infancia en el pueblo. Abro las ventanas y enciendo todas las luces. Recorro la casa con una mezcla de temor y satisfacción, en pocos días será mía. Es una casa pequeña, en las afueras, lejos del centro. Tiene dos pisos y un pequeño jardín en la parte de atrás. Calculo que no tendrá más de noventa metros. Aun así, es una casa en propiedad en una ciudad cara, cuando la venda podré vivir de las rentas durante algu-

nos años, o quizá me compre un piso en España. Ya lo decidiré, depende del dinero que consiga al venderla.

La primera noche duermo con las ventanas abiertas a pesar de que la temperatura exterior debe de ser de unos cinco grados. Por la mañana la casa sigue apestando y hace un frío del demonio. Cierro las ventanas y recorro la casa buscando una rata muerta. O quizá un perro. No los encuentro. Cojo una bolsa negra muy grande y empiezo a llenarla de basura. Vacío la nevera, la despensa, las alacenas de la cocina. En todas las habitaciones hay comida podrida. En todas las habitaciones hay ropa sucia esparcida por el piso. Mi madre recogía la ropa de mi padre según se la quitaba y la arrojaba al suelo. La tiraba aunque ella estuviera a su lado, le gustaba verla humillarse delante de él. Nunca protestó, mi madre. Se fue como había vivido, sin hacer ruido. Una mañana no se despertó a su hora. Mi padre gritaba llamándola holgazana. Mi hermano dijo que a lo mejor estaba muerta. Eso dijo: a lo mejor está muerta. Sucedió dos años antes de que muriera Mateo. Durante ese tiempo intenté protegerlo de la violencia de mi padre, sin éxito. Entonces me tocó a mí recoger sus prendas sucias, sus calcetines, sus camisetas blancas de tirantes, sus pantalones, sus calzoncillos manchados. No sé qué habrá hecho mi padre durante estos dieciocho años, pero, a juzgar por el olor, se debía poner una y otra vez la ropa sucia que recogía del suelo. Meto en la bolsa negra todas las prendas que puedo. Amontono el resto en el dormitorio de mi padre. Tengo que comprar con urgencia bolsas de basura.

He limpiado el baño con lejía. He usado una botella entera. Estoy un poco mareada. Ha sido un asco. Al fregar el váter he tenido arcadas, menos mal que no había desayunado. Me irrita quitar la mierda de mi padre, pero no me queda otro remedio; si voy a estar aquí unos días necesito que el baño esté limpio. He puesto una lavadora con las toallas. Hay tanta humedad en el ambiente que no



creo que se sequen hasta mañana, pero por lo menos están limpias y huelen bien. Pongo mis útiles de aseo en el estante del lavabo; se trata de colonizar poco a poco el espacio, de ir haciendo mía la casa. Cuando termino ya no huele a inmundicia. El olor a lejía se disipa rápido.

De camino al hospital compro bolsas de basura. El horario de visitas es muy estricto, de diez y media a once, pero conmigo hacen la vista gorda. Me he quedado hasta la una. Nuestra casa era grande y soleada, le digo a mi padre, y era mía también, no tenías derecho a venderla. Cuando entran el médico y la enfermera cambio de tema y le hablo a mi padre del pueblo; ¿te acuerdas de la fuente?, le pregunto, me dijeron que se secó hace dos veranos. Al quedarnos solos le cuento otras anécdotas de mi infancia. Cuando era niña tenía tanto miedo, le digo, que me orinaba todas las noches en la cama. Al amanecer, en cuanto mi hermano se levantaba para ir al cuarto de baño, cambiaba mis sábanas por las suyas antes de que os levantarais madre o tú. Como dormíamos en la misma habitación lo hacía rápido y no se daba cuenta. Le regañabais todas las mañanas y le obligabais a lavarlas a mano con agua fría. Un invierno le salieron sabañones. Él nunca protestó. Era idiota, mi hermano.

Mi padre no puede hablar ni moverse, solo contrae y expande la pupila, por eso sé que me oye e intuyo lo que piensa. Le enseño las bolsas de basura. Voy a tirar todas tus cosas, le digo. Me voy de la habitación sin despedirme. Estoy deseando llegar a la casa y limpiarla de arriba abajo. Al entrar me doy cuenta de que tengo mucho trabajo por hacer. Empiezo por la cocina.

Odio las bicicletas. Desde que llegué a este país hace menos de una semana han estado a punto de atropellarme tres veces. Las bicicletas, como los coches, circulan por el lado contrario. Cuando voy a cruzar siempre miro a la izquierda, por la costumbre, aunque todos los vehículos vienen por la derecha. Los coches son menos peligrosos porque hacen ruido y avisan de su llegada. Las bicicletas son como flechas mudas dispuestas a tirarte al suelo si no las esquivas. No puedo permitirme una pierna rota ahora; no podría ir al hospital para estar con mi padre, nadie me cuidaría y en la casa no podría sobrevivir sola. Tengo que darme prisa en limpiarla. Tardo dos días en dejar la cocina presentable. Poco a poco el olor empieza a cambiar, aunque quizá me estoy acostumbrando y ya no noto la pestilencia de los primeros días. Hago una compra abundante en el supermercado, me tranquiliza tener reserva de alimentos para varios días. Cada vez que cruzo una calle miro a ambos lados.

Aborrezco a los ciclistas. Pedalean con la nariz apuntando al cielo. Se sienten superiores porque no contaminan, van ligeros y tonifican el corazón. Yo, en cambio, tengo que caminar y se me hinchan los tobillos. Ningún autobús me lleva directo al hospital, tendría que ir al centro y allí coger otro autobús hacia la zona sur de la ciudad. Tardaría más de hora y media. Prefiero andar, así hago ejercicio y me mantengo en forma. No tengo prisa por llegar al hospital, ya no me controlan el horario. Tampoco tengo prisa por llegar a casa; no tengo nada que hacer excepto limpiar.

Ayer nevó, aunque todavía no ha empezado el invierno de manera oficial. Aquí también ha llegado el calentamiento global. John, el médico pelirrojo, me dijo que las grandes nevadas son excepcionales, cada vez son menos frecuentes. La nieve se funde rápido en un barro sucio que me mancha los zapatos y el bajo de los pantalones. Me duelen las rodillas, por el frío, supongo. La casa no se ca-

lienta como yo desearía, llevo la bufanda enrollada con dos vueltas al cuello mientras limpio el salón. Cuando me siento tengo que ponerme el anorak para entrar en calor. He tardado casi dos horas en llegar al hospital, he ido muy despacio para evitar resbalar por el hielo.

Ya no tengo la vista de antes. Necesito gafas para leer, para escribir, para cocinar. Tampoco puedo distinguir con nitidez la marca redonda y rosa del dorso de mi mano izquierda. Me pongo las gafas para ver la televisión. Echan las mismas series que en España, pero sin traducir. Hay muchas palabras que no entiendo, incluso frases completas, aunque en general me entero de la historia, solo necesito acostumbrar el oído al inglés británico, es cuestión de tiempo. Por la noche veo la televisión durante una hora exacta para mejorar el idioma; es como hacer los ejercicios de una academia. Me pongo el pijama y me abrigo con la bufanda y el anorak. Compré un producto especial para limpiar el sofá en cuyo envase ponía que dejaba en la tapicería un dulce y suave olor a melocotón, aunque en realidad huele como el ambientador de los antiguos cines de barrio. Cuando éramos novios Ricardo y yo íbamos al cine todas las semanas. Me duermo con el olor de aquellos días impregnado en el pijama.

Por la mañana, al llegar al hospital, me asalta la idea de que mi padre ha muerto esa noche. Mientras subo en el ascensor me imagino al médico pelirrojo saliendo a mi encuentro en el pasillo para darme la fatal noticia. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, diría con cara circunspecta, nos queda el consuelo de que no sufrió. Sin embargo, cuando el ascensor llega a la sexta planta no me espera ni el médico ni la enfermera, solo un pasillo largo, vacío, silencioso, con un intenso olor a desinfectante. Conozco de memoria el camino a la habitación de mi padre, podría hacerlo con los ojos cerrados: subir al sexto piso por el ascensor de la derecha, luego seguir el pasillo y torcer a la izquierda a la altura del mostrador de las enferme-

ras hasta la habitación del fondo, abrir la puerta y comprobar que el bulto que hay bajo la sábana sube y baja al ritmo de la respiración. Me telefonarían si se muriera, me digo. Hace un par de días le colocaron una sonda nasogástrica para alimentarle; es un tubo transparente que se introduce por la nariz hasta el estómago y por el que las enfermeras le inyectan una papilla de color indefinido. Con la sonda parece más enfermo, aunque en realidad se la han puesto porque no se ha muerto todavía. Me quedo un rato mirando su cara demacrada hasta que abre los ojos y compruebo que está despierto. Entonces comienzo a hablar con él, despacio y en un tono muy bajo. Cuando madre murió, le digo, te odié por ello, porque madre murió de pena y de asco por tenerte a su lado. Un aneurisma de aorta, dijo el forense, pero los dos sabemos que murió para no seguir viéndote todos los días y vivir una vida de mierda contigo. Tengo la seguridad de que la frecuencia cardiaca de mi padre se dispara cuando le invoco estos recuerdos. Continúo hablándole durante el tiempo que me permiten verlo.

Ayer llovió todo el día. En este país siempre llueve. A ellos parece no importarles. Siguen pedaleando en sus bicicletas por toda la ciudad. Sus narices incluso apuntan más alto, como si fueran a pinchar las nubes. Sus narices pregonan que montan en bicicleta incluso cuando llueve porque son auténticos patriotas. Algunos llevan unos ponchos de plástico para no mojarse. Otros parecen inmunes a la lluvia y no se cubren, incluso he visto a un chico con sandalias. También hace viento. Es un viento marino que te recuerda en todo momento que estás en una isla en medio del mar. Me he comprado un poncho de plástico, pero aun así llego empapada al hospital. Estornudo al llegar. John me da unas píldoras blancas. Son aspirinas, me dice, te sentarán bien. Me las tomo por la noche con un tazón de leche caliente. Me duermo enseguida, pero me

despierto en mitad de la noche; las sábanas están húmedas y la casa hace ruidos con el viento.

## 4

Llevo varias semanas en esta ciudad y todavía no la he visitado. Solo conozco la casa, el supermercado y el hospital. El camino al hospital lo hago por los suburbios, para acortar. No hay nada interesante que ver, solo casas, todas iguales, y alguna gasolinera. Tampoco hay aceras, en todo caso no son como las de España, grandes, embaldosadas, amigables, aceras que invitan a pasear. Aquí solo hay caminos estrechos por donde también circulan las bicicletas, asfaltados como la carretera. No he visto ninguna acera con baldosas, ni con losetas. Solo asfalto, a veces tierra. El domingo fui al centro; quería visitar las capillas y los edificios de la universidad. No conseguí llegar, está lejos y me senté en un gran parque que hay antes de entrar en el casco antiguo. Es una gran pradera de césped, plana. En una zona, cerca del río, hay vacas pastando. No hay un cercado como los de mi pueblo, sino que en vez de valla han colocado un alambre a medio metro de altura. Pienso que las vacas podrían derribarlo sin esfuerzo. O saltarlo. Las vacas no saltan, pero es divertido imaginarlas como si fueran ovejas o cabras. En esa área la hierba está sucia, escarbada y plagada de bostas. Huele a ganado. En la zona de la pradera hay algún banco de madera. Los estudiantes se sientan en el césped, no les importa mojarse. Algunos meriendan tumbados, otros juegan a la pelota. Me gusta sentarme en el parque y ver pasar a los estudiantes. Viven despreocupados, no tienen un padre que no termina de morirse. Los chicos hablan y ríen más fuerte cuando hay

chicas delante. Es su manera de cortejar. Algunos visten la toga académica. Negra. Larga. Parecen más listos, con la toga.

Duermo poco, tengo un sueño ligero, intermitente, invadido de pesadillas. A veces me despierto y no sé dónde estoy, tardo unos instantes eternos en acordarme de que estoy en Cambridge, en la casa de mi padre. Es muy angustiante. Luego me tranquilizo, bebo agua y orino. Entonces me alegro de haber limpiado el cuarto de baño con lejía. He hecho progresos desde que llegué, me digo. Cuando no hay viento la casa está en silencio y no tiro de la cadena; no quiero hacer ruido, aunque sé que estoy sola. Cuando sopla el viento tiro varias veces para no oír los silbidos que hace el aire al colarse por las rendijas. A veces dejo una luz encendida toda la noche; no importa, la factura la pagará mi padre.

Se me está acabando el dinero. No cojo el autobús, camino siempre. En el hospital robo comida de los carros. El médico pelirrojo me ha pillado alguna vez, pero mira hacia otro lado y hace como si no me hubiera visto guardar las galletas en el bolso. El lunes me dijo que como cuidadora puedo solicitar que me abonen a mí la pensión de mi padre. Me dice dónde tengo que ir y se ofrece a ayudarme a rellenar los formularios. Habla despacio, vocalizando cada palabra para que me resulte más fácil entenderle. Eres muy amable, le digo. Sonríe y las pecas se le suben hacia las orejas. No pienso hacerlo; sería admitir que mi padre va a vivir más tiempo y solo deseo que se muera pronto.

Mi padre está en la planta sexta del hospital, la de los moribundos. Todos los pacientes son viejos o están en coma. De vez en cuando viene una enfermera y cierra la puerta de la habitación; lo hace para sacar a un muerto y que no se impresionen los otros enfermos o los familiares. Cuando eso ocurre me levanto y salgo al pasillo; me gusta ver pasar la camilla con el bulto del cadáver tapado por la

sábana. Me reconforta pensar que dentro de poco será mi padre el que ocupe ese lugar. Luego entro en la habitación y se lo cuento a él. Se ha muerto el señor de la habitación de la esquina, le digo, estaba mejor que tú, pero, ya ves, ha sido considerado con sus familiares y se ha ido sin dar la lata, espero que tú seas el próximo. El médico entra en ese momento. Es bueno que hable con su padre, me dice, nunca se sabe lo que estos enfermos pueden oír o entender. En su bata blanca debería poner médico especialista en moribundos, en vez de médico especialista en medicina interna.

Me he comprado unas botas de agua. Tenía los zapatos destrozados de tanto caminar por terrenos húmedos. Alguna vez metí el pie entero en un charco y lo tuve mojado durante todo el día. Las botas son de plástico y no calan el agua, las pruebo en el jardín de la casa. Me sudan los pies cuando estoy en el hospital, pero no me importa. Podría llevarme unas zapatillas para estar en la habitación, pero quiero pensar que la situación no se va a prolongar, no quiero aposentarme en esa habitación de hospital. Cuando salgo por la puerta tengo la esperanza de que ese día sea el último.

He tardado más de dos semanas en limpiar la planta baja de la casa. Tuve que lijar los muebles porque tenían impregnado el repugnante olor de mi padre. Luego los he lavado con un jabón especial para madera. Se ven como desplumados, sin brillo, muebles de casa pobre, pero no huelen. Los cristales dejan entrar más luz, los he dejado impolutos, pero se ensucian pronto, llueve demasiado para mantenerlos limpios. Tengo que descansar un par de días; el piso de arriba tiene moqueta en el suelo, no he decidido qué hacer con ella.

Me han salido grietas en las manos, del frío y del trabajo, supongo. No quiero que el médico las vea, cada vez que entra las meto en los bolsillos. Pido a una enfermera un poco de crema hidratante. Es para mi padre, le digo,